

Ante un gran educador

EL BEATO MARCELINO CHAMPAGNAT (1)

José Ma. González, S. J.

Hace 21 años exactamente, cuando 107.000 niños se acercaban a comulgar, en desfile imponente que envidiaban los ángeles, en la inolvidable apoteosis eucarística del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Buenos Aires (Octubre 1934), se formulaba como un anhelo de esperanza el siguiente solemne voto, que confirmaba y corroboraba con sus aplausos una multitud ingente, presidida por el Emmo. Card. Eugenio Paccelli, hoy S. S. Pío XII: "Que el gran apóstol de María y fundador de una Congregación consagrada en todo el mundo a la educación de la niñez, el Ven. Marcelino Champagnat, sea glorificado con la aureola de los beatos".

Este suspiro anhelante se ha convertido hoy en realidad. El apóstol de la niñez, fundador del Instituto de los Hermanos Maristas, acaba de ser beatificado el 29 de mayo último. Su imagen venerable, exaltada en la Gloria de Bernini, se podrá colocar ya en las Iglesias y capillas de la Congregación y en otros sitios particulares y podrá verse rodeada de miles de niños, como reina en enjambre de abejas, que acudirán a él como a padre de la niñez, apóstol de la juventud y director de las almas adolescentes.

S. S. Benedicto XV el 11 de julio de 1920 proclamaba solemnemente la heroicidad de las virtudes del P. M. Champagnat. S. S. Pío XII, el Papa de la Asunción de la Virgen Stma., después de bien probados los dos milagros requeridos, hace subir a los altares, con el título de Beato, a un paje insigne de María para mayor gloria de Dios, honra de la Inmaculada, consuelo de los Hermanos Maristas y exaltación de las escuelas católicas. . . Este apóstol de la juventud trae en pos de sí a los pies de Ntra. Sra. 200.000 niños alumnos actuales de su Congregación, flores de cielo, cuyas almas él tanto amó.

(1) Los libros de que más me he servido en este trabajo son casi todos de F. T. D. y se titulan "Vida y virtudes del Ven. P. Champagnat". "Un apóstol de la juventud". "Histoire de l'Institut des Petits Frères de Marie" y "Enseñanzas Espirituales". A ellos se puede acudir para un conocimiento más completo del Beato, su Instituto y su Doctrina.

I.—El hombre: su muerte, sus virtudes y su espíritu.

El sábado 6 de junio de 1840, a los 51 años de edad, moría en Ntra. Sra. del Hermitage el Superior y Fundador de los HH. Maristas de la Enseñanza, el P. Marcelino José Benito Champagnat. Poco antes de morir hacía leer su **testamento espiritual** a los HH. presentes. En él pedía humildemente perdón de sus faltas, mostraba su sumisión a su Superior General, manifestaba su deseo de que reinase entre los HH. de María la más entera y perfecta obediencia, les aconsejaba caridad, presencia de Dios, ponía como el carácter distintivo de los HH. Maristas la humildad y sencillez y una tierna y filial devoción a la Virgen Stma., les inculcaba fidelidad a su vocación, los confiaba a todos a los Sdos. Corazones de Jesús y de María.

Retirados los HH. de su presencia quedó altamente satisfecho de lo que acababa de hacer: "Doy gracias a Dios, decía, por haberme inspirado la idea de hacer mi testamento espiritual. Me complace sobremanera que todos los HH. puedan conocer y leer mis últimos consejos y voluntad: eso no podrá menos de edificarlos y causarles sumo gusto: por otra parte bien se lo merecen por el inestimable afecto que me profesan".

En medio de su enfermedad estaba siempre contento y su rostro despedía como una aureola de luz sobrenatural. ¡Oh qué dicha la mía, repetía a menudo, qué dicha la de morir en la Sociedad de María! El 4 de junio pudo recibir el santo viático. A las 4.30 del sábado 6, mientras los Hermanos después de la Salve rezaban las letanías de la Virgen María, el Beato Champagnat entregaba su hermosa alma a su Creador. Durante su enfermedad había repetido muchas veces: "Desearía vivamente morir en sábado, y aunque no merezco esta gracia, la espero de la bondad de María". Sus santos despojos durmieron en el cementerio de Saint-Chamond, bajo un modesto monumento de piedra, rematado con una cruz, hasta que el 12 de octubre de 1889 fueron exhumados y colocados en una capilla de la Congregación.

Difícil sería lograr un retrato perfecto de la colosal figura del Beato Marcelino Champagnat. El retrato material que se le pudo sacar después de su muerte, porque en vida nunca lo permitió, muestra su frente despejada, su semblante grave, digno, atrayente. Dicen que su vista infundía respeto, rayano a veces en temor, pero bastaba unos momentos de trato con él para darse cuenta de la bondad de su alma.

Según uno de sus biógrafos: "Dios le había dotado de espíritu recto, de juicio seguro y profundo; tenía corazón de oro, nobilísimos sentimientos: carácter jovial, afable, firme, animoso, ardiente y siempre uniforme. Dones tan preciosos y cualidades tan hermosas aquilatados por la gracia divina, realizados por humildad suma y caridad ardiente, le hacían amable en extremo a los Hermanos y a cuantos tenían relaciones con él. Dios que le había destinado para formar maestros de la juventud, le había dotado del carácter más propio para la enseñanza, a fin de que los HH., en esto como en lo demás, pudiesen imitar sus ejemplos y hallasen en él un modelo de las virtudes y cualidades necesarias al educador cristiano para obrar el bien entre los niños".

"Es tan bueno y sabe componérselas tan bien, decían de él los habitantes de La Valá, que es imposible dejar de hacer lo que manda, aconsejando."

seja o desea". Los HH. que le trataron opinan de la misma manera. Uno de ellos decía al salir de su aposento: "Si cualquier otro me hubiese dado semejante reprensión, jamás hubiese podido soportarla: pero aunque él me haya cantado las verdades, de tal manera ha sabido habérselas, que lejos de guardarle rencor, le quiero más que antes". A este su extraordinario carácter debió sin duda alguna el Beato sus triunfos en su labor apostólica y el ganarse enseguida las voluntades de los HH. con quienes tenía que tratar.

Nota distintiva de su excelente carácter era su ecuanimidad. Esta virtud de los grandes hombres era en él como connatural. Ya le podían venir incomprendiones, molestias, críticas, preocupaciones, dificultades, enfermedades. Nada le alteraba, nada le quitaba la paz de su alma, nada le entristecía ni le desalentaba. Todo lo contrario, la adversidad parecía animarle más, y así, ocultando sus penas, más de una vez se le oyó decir a los HH.: "Amigos míos recordemos que trabajamos por Dios y que es eterno el galardón que nos tiene preparado. Si con fe viva creyésemos estas verdades ¿nos dejaríamos dominar por la tristeza..?"

Su devoción a la Virgen Santísima era singular. Veía en ella a su Madre querida y al camino seguro por donde conducir sus pasos: "Todo a Jesús por María", "Todo a María para Jesús" fué su lema desde un principio y no lo abandonó jamás. Pensando un día qué nombre poner a su Instituto, miró a María y no dudó ya más y lo puso todo él bajo su patrocinio. Se complacía en repetir que la devoción a María era prenda segura de salvación. El símbolo del espíritu marista, según él, entiendo yo que se podría resumir en un triángulo que tuviese por lados la Humildad, la Simplicidad y la Modestia y en el centro la imagen de María, coronada de estrellas, a quien todos los HH. deben tener como su "Recurso Ordinario". Unos días antes de morir, el 24 de mayo, su fisonomía se anima, su rostro sonrío, los HH. le preguntan qué pasa. "Estoy contento, responde, porque veo a la Stma. Virgen; aquí está; viene a mí".

Toda su vida se puede compendiar en aquellas palabras que él mismo dijera: "Amar a Dios y trabajar para darle a conocer y amar, tal debe ser la vida de un Hermano". Era el amigo de los niños y parecía decir con su conducta en todo momento aquellas palabras de Jesús: "Dejad que los niños vengan a mí". Con frecuencia se le oía decir: "No puedo ver a un niño sin que me den ganas de catequizarlo, de encarecerle cuánto le ha amado Jesucristo y cuánto debe a su vez amarle". Su corazón se inclinaba especialmente a los niños pobres. La ignorancia religiosa que vió en la niñez fué la que le decidió a fundar su Instituto de Pequeños Hermanos de María. Nunca se mostraba tan elocuente y patético como cuando hablaba de la catequesis y de los medios para ganar a los niños a Dios.

II.—Su obra: El Instituto de los HH. Maristas de la Enseñanza

La Obra de los grandes fundadores de órdenes y congregaciones religiosas sobrevive a su muerte. De manera que se puede decir que son ellos más grandes por la estela luminosa de la Congregación que han dejado en pos de sí que por su misma vida. Tal ha sucedido también a mi juicio con el P. M. Champagnat.

Nacimiento del Instituto, (1817-1840.)

El Instituto de HH. Maristas de la Enseñanza nació de la necesidad que tenía Francia, después de su trágica y nefanda Revolución, de maestros católicos que se dedicaran de lleno a la enseñanza cristiana de la juventud. La necesidad hizo florecer, del lodazal materialista y laico, Institutos dignos de todo encomio. Los sacerdotes habían disminuido víctimas de la furia de la Revolución. La gente buena estaba desorientada. Todo caminaba a su ruina. En época tan necesitada ¿enviaría Dios como en otros tiempos uno de sus grandes apóstoles para salvar a Francia y a su niñez del paganismo que le amenazaba ?

La voz de Dios no se hizo esperar y envió al mundo a un niño que había de ser el P. M. Champagnat, fundador de los HH. Maristas. Este niño, destinado por Dios para grandes cosas nació en Marlies, diócesis de Lyon, el 20 de mayo de 1789. Tenía sólo 14 años cuando un sacerdote pasó por su casa paterna. En su presencia se decidió su vocación eclesiástica. Tenía aún que pasar dificultades sin cuento, pero las logró vencer con la gracia de Dios. Sus compañeros de Seminario proyectaron con él la Sociedad de María, de la que iba a ser en adelante miembro obedientísimo.

El 12 de agosto de 1816 fue nombrado vicario de La Valla, parroquia extremadamente necesitada de sacerdote. Aquí fue cuando una tarde de otoño, el 29 de octubre de 1816, tuvo el P. Champagnat que asistir a una lección providencial de catecismo que fue origen del Instituto. Fue llamado a socorrer a un pobre enfermo Francois Montagne, niño de 12 años, que estaba a las puertas de la muerte. Su ignorancia religiosa era completa. No entendía lo que el sacerdote le decía. Nada sabía de cielo o infierno: ni había oído hablar de la existencia de un solo Dios verdadero. El P.M. Champagnat pasó 2 largas horas ante la cama del enfermo, disponiéndole a bien morir. El propósito que sacó de este suceso fue el de fundar cuanto antes una Institución de Hermanos que salvaran a la niñez abandonada. Algunas semanas después, el 2 de enero de 1817, compraba una pequeña casa, donde instalaba a Jean Marie Granjon y Jean Baptiste Audras, sus 2 primeros discípulos. Su institución proyectada era ya una realidad. El grano de la buena semilla estaba sembrado. ¿Qué frutos habría de dar?

A la muerte del Beato Marcelino Champagnat el Instituto por él fundado contaba con 280 Hermanos y unos 30 aspirantes. Los Colegios que dejaba en marcha eran 48, distribuidos por toda Francia con más de 7.000 alumnos. Pero se dejaba oír aún por una y otra parte la pregunta: ¿No morirá el Instituto con la desaparición del fundador? Nacida la Congregación ¿tendrá virtud sólida para su desarrollo? ¿Seguirá el Instituto los sabios caminos señalados en sus reglas por el santo fundador? ¿Se extenderá por todo el mundo como escribía el P. Champagnat al Sr. Obispo de Grenoble: "A ninguna diócesis del mundo excluimos de nuestro trabajo"?

Estado actual del Instituto Marista

Sería demasiado largo hacer historia detallada de la Congregación. Los Hnos. Francisco y Luis María, que siguieron en el gobierno al Beato, supieron muy bien consolidar los cimientos del Instituto. Pero el que descolló más entre todos, el que fué como la columna más robusta por su largo

y fecundo Generalato (1883-1907), el que consiguió de S.S. León XIII (27-V-1903) la aprobación definitiva de la Congregación, fué el Hno. Teófilo, benemérito en todos sentidos y considerado por los HH. Maristas como su II Fundador. El XIV Capítulo General en 1946 eligió al actual Superior Mayor, al H. Leónidas, tan conocido del elemento Centroamericano, donde estuvo algunos años. Las últimas estadísticas que he podido tener a mano, las de 1954, dan clara idea de la universalidad actual de la obra por todo el mundo: HH. Estables: 1902, HH. Profesos Perpetuos: 4416, HH. Profesos Temporales 1866; **Total 8.184**: si a ellas añadimos los novicios 462, los postulantes 482 y los pequeños estudiantes en formación 4.439, podíamos tener 5.383 sujetos más. Las casas de los HH. Maristas en 1954 eran 718 y los alumnos 233,703.

Después de las persecuciones del Instituto en Turquía (1924), Méjico (1932), España (1936), Alemania (1937)... la Santidad de la Congregación parece haberse purificado como el oro en el crisol. Tras el Bto. Champagnat esperamos pronto ver en los altares a otros muchos, entre los cuales pueden estar el H. Francisco, brazo derecho del Fundador y los 172 Hermanos víctimas de los rojos españoles. En las Misiones que los HH. tienen entre infieles también descuellan un buen número de HH. que nada nos extrañaría los coronase la Iglesia con la aureola de Santos o los exaltase con el título de beatos.

III.—Pedagogo Insigne y Educador Egregio.

Corría el mes de Septiembre de 1828. Dos sacerdotes viajaban junto con tres religiosos por las cercanías de Lyon. Uno de los sacerdotes pregunta a su compañero: ¿quiénes eran aquellos Hermanos? Son le respondió, HH. Maristas que enseñan a los niños de los pueblos. Y ¿quién es el Fundador de esa Congregación? “Difícil sería decirlo. Varios jóvenes se han ido juntando, se han trazado un reglamento adecuado al fin que se proponen, un sacerdote los ha dirigido, y con la bendición del Señor, la Comunidad ha prosperado más que lo que había esperar”. El sacerdote interrogado, que por modestia ocultaba su nombre, no era otro que nuestro Beato Marcelino Champagnat.

Sería muy largo tan siquiera intentar resumir aquí sus muchas enseñanzas. Después de haberlas leído despacio, saco la conclusión que estamos ante un maestro de la vida espiritual, a quien le podríamos llamar “el gran desconocido”. Considerado tan sólo como Legislador es una colosal figura que merece un libro aparte. Sus enseñanzas espirituales son magníficas y se hallan dispersas aquí y allá en sus escritos y en las anécdotas de su hermosa vida. Sus primeros discípulos tuvieron buen cuidado de recogerlas y darlas a la posteridad bien ordenadas. Retratan el pensamiento y el alma del nuevo Beato de manera luminosa. Sus hijos las tienen como un Testamento Espiritual y las leen con frecuencia y las meditan con fervor. Tan sólo quiero fijarme en estas líneas en la sublime figura del Beato, como un pedagogo insigne de los tiempos modernos.

“Educar a los niños” es sin duda lo primero que el Beato se propuso al fundar su Instituto. “Si sólo se tratase de enseñar a los niños las ciencias humanas —decía—, no precisaríamos Hermanos, porque bastarían para esta tarea los maestros de escuela. Si nos propusiéramos únicamente dar

instrucción religiosa, nos contentaríamos con ser simples catequistas y juntar a los niños una hora cada día; nuestro propósito tiene más amplios horizontes; queremos CULTIVAR al niño, esto es, darle la educación completa. Para eso es necesario que seamos ayos, que vivamos en medio de los niños, y que ellos estén mucho tiempo con nosotros”.

Comenzaremos a preguntarnos ahora la tan debatida cuestión de ¿qué es educar al niño? ¿Tendríamos que quedarnos en la corteza de la educación, afirmando como tantas veces afirma la escuela laica, que la educación es un aprendizaje de todo menos de la Religión, diciendo que es preparar al niño para el tiempo y no para la eternidad? Todo depende de cómo se enfoque el problema. El que no tiene fe mira al niño todo malo o todo bueno. Y de ahí vienen los errores. Para el Beato que nos ha puesto la Iglesia como modelo y para sus Hijos “el hombre, por efecto del pecado original, nace con germen de vicio y con germen de virtud; es un lirio, pero rodeado de espinas; una viña pero que necesita ser podada; es el campo del Padre de familia en el que éste ha sembrado la semilla buena, pero el enemigo ha esparcido en el mismo la cizaña. **El objeto de la educación** es arrancar estas espinas, podar esta viña, cultivar este campo y limpiarlo de cizaña”.

Educar al niño, según el método marista aprendido de su Fundador, es iluminar su entendimiento y darle a conocer la Religión, corregir sus vicios y defectos nacientes, formar su corazón, su conciencia, su piedad, acostumbrarle a la piedad, infundirle el amor a la Religión y a la virtud, formar su voluntad, su juicio, su índole. Educar al niño es ejercer vigilancia continua sobre él, inculcarle amor al trabajo, facilitarle los conocimientos que le serán necesarios en su posición y estado. Educar al niño es conservar y acrecentar sus fuerzas físicas, darle medios para que adquiera la perfección de su ser. La obra de la educación es la más santa y sublime porque es continuación de la obra divina en lo que tiene de más noble y elevada, la salvación de las almas. Limitarse a instruir, es descuidar lo principal, es fallar en el fin de la educación.

El Beato M. Champagnat sabía muy bien que la vida toda del niño depende enteramente de la educación. Por eso no perdía ocasión de inculcar a los HH. sus pensamientos sobre este particular. “Una lección de catecismo, les decía una vez, entiendo una lección bien dada, vale más que las mayores penitencias que podáis imponeros”. Y como un Hermano joven le preguntara cómo había que entender aquello de una lección de catecismo bien explicada, el Beato le respondió con gusto: “Es catequesis fructuosa: 1) la que está muy preparada con el estudio; 2) la que está rociada por la oración; 3) la que está apoyada en el buen ejemplo; 4) la que amolda el catecismo a la capacidad de los niños con buen método y celo industrioso”.

Su respeto por el niño era en él extraordinario. Veía siempre en él la imagen de Dios y lamentaba que no se respetase la inocencia de los niños y que se les diese en el mundo tan malos ejemplos. “No puedo ver a un niño, decía, sin que me den ganas de catequizarlo, de encarcelarle cuánto le ha amado Jesucristo y cuánto debe a su vez amarle”. Si alguna vez contemplaba niños desocupados por las calles, exclamaba: “Estos niños tal vez no conocen a Jesús e ignoran las consoladoras verdades de la Religión; no saben que Dios es su padre y que están destinados a verle en el

cielo. ¡Pobres niños! ¡Qué lástima me dáis! ¡Cuán culpables son vuestros padres, que os dejan sin educación y no tienen el menor cuidado de vosotros!”

Aprovechaba cualquier ocasión para educar cristianamente. Aun los conocimientos profanos le ayudaban a llevar al niño a Dios. Su vida está llena de anécdotas parecidas a ésta: Entró un día en una clase en que se estaba dando una lección de Geometría y luego de preguntar a los niños la asignatura, prosiguió diciendo: “Hijos míos, veo con gusto que sabéis medir un campo; está muy bien, es posible que lo necesitéis algún día; pero también debéis aprender a medir el cielo, estudiando lo que vale, lo que es preciso hacer para merecerlo y lo que tuvo que padecer N. S. Jesucristo para prepararnos allí un lugar. ¡Oh hijos míos cuánto hay que medir en el cielo! ¡cuán grande es! cuán hermoso, cuán rico! Veo que conocéis la escala de la proporción, pues acabáis de enseñármela; pero decidme, ¿sabríais cuál es la escala del cielo? Son los mandamientos de la Ley de Dios; si los conocéis y los observáis, os servirán de escala para subir a él”.

Con lo expuesto creo está suficientemente demostrado que el Beato M. Champagnat fue un pedagogo insigne y un educador egregio. Quien le niegue dotes brillantes de extraordinario conductor de los niños es que ha profundizado muy poco en su vida y en sus escritos. Cuando uno se interna en el estudio de su carácter y manera de ser, de sus virtudes y de sus cualidades, no puede menos de confesar que fué un hombre extraordinario, elegido por Dios para la creación de un Instituto que había de llamar la atención en los tiempos venideros por sus sabias normas en educar a la juventud.

